

que tenía impuestos el emperador á un interés muy crecido, ni tampoco la renta de las tierras, bosques y jardines reales y los millones procedentes de confiscaciones, que todo podía ascenden á una suma igual; además 1.823,962 escudos de renta asignados á la emperatriz, á todo lo cual se debe añadir cuarenta y tres millones, trescientos veinte y ocho mil, ochocientos treinta y cuatro sacos de arroz y de cebada que se llevaban á los almacenes de la corte; un millon trescientos quince mil ciento treinta y siete panes de sal de cincuenta libras cada uno; doscientas cincuenta y ocho libras de minio; noventa y cuatro mil setecientos treinta y siete de barniz; treinta y ocho mil quinientas cincuenta de frutas secas; y en los guardaropas imperiales, un millon seiscientos cincuenta y cinco mil cuatrocientas treinta y dos libras de seda de diferentes colores, y de diversos hilos; cuatrocientas setenta y seis mil, doscientas setenta piezas de tela de seda ligera para el verano; doscientas setenta y dos mil novecientas tres libras de seda cruda; trescientas noventa y seis mil cuatrocientas ochenta piezas de algodón tejido, cuatrocientas sesenta y cuatro mil doscientas diez y siete libras en rama; cincuenta y seis mil doscientas ochenta piezas de cáñamo; cuarenta y un mil cuatrocientas setenta sacos de habas, en lugar de avena, para las caballerizas imperiales; dos millones quinientos noventa y ocho mil quinientos ochenta y tres haces de paja, de á quince libras, cuyo número se aumentó considerablemente en tiempo de los príncipes tártaros por la gran cantidad de caballos que sostenían. Debería hacerse aquí también cuenta de los numerosos objetos que recibe la corte á título de renta, como bueyes, carneros, gansos, patos, gallinas, caza, ciervos, osos, liebres, jabalíes, pescados finos

y legumbres de todas clases; lo que hace que todos los días los alrededores del palacio parezcan un mercado.

Tomamos estos detalles del padre Gabriel Magalhan, que vivió veinte y nueve años en aquella corte y pasó ocho en recorrer el país; pero el padre Martin Martini (3) hace ascender á 150 millones la renta total del imperio, á diez millones, setecientos veinte y ocho mil, ochocientos ochenta y siete el número de familias, y á cincuenta y ocho millones, novecientos diez y siete mil, seiscientos ochenta y tres, el de los individuos varones de las clases indicadas, variando también en las demás rentas, tal vez por la diferencia de la época.

Si se habían adquirido, en tiempo de los primeros mongoles, nociones sobre bastante número de países, cuando las dinastías establecidas en Persia y en el Kapchak reconocían la soberanía de la que reinaba en China, bajo los Mings, cuya dominación no se extendía casi hacia el Occidente, la geografía hizo pocos progresos, en atención á que nunca es para los chinos el objeto de un estudio abstracto, sino un ramo de la administración. Esta dinastía no dejó por lo demás huellas duraderas, por carecer de vigorosas instituciones sociales, y de defensa contra ataques decididos, á los cuales es tal vez imposible á la China el resistir. En efecto, los diversos conquistadores de aquel imperio no pensaron nunca más que en tener al país sometido por fuerza, de donde resulta que la autoridad permanece en la superficie, sin poder sostenerse contra el embate de serios peligros, porque jamás se fundió con los gobiernos.

(3) *Atlas sinensis*. Amberes, 1654.

CAPÍTULO XXI

DINASTIA XXII.—LOS TAY-TSING.—MISIONES EN LA CHINA.

La lengua de los manchúes (1) indica su identidad con los tonguses del día, y su derivación de la antigua casa de los Yu-chin, dispersados por Gengis-Kan. No sobrevivieron de ellos tal vez en Asia más que tres ó cuatro millones al Norte y al Nordeste, en las vastas llanuras que se extienden entre Angora, el mar Glacial, el lago Baikal, y las posesiones de los yakutes en la Siberia oriental; al Sudeste, en las orillas del Amur y en la Manchuria, reunidas en el día al imperio chino. Lo poco que se encuentra en China, propiamente dicha, sin contar los manchúes ha abrazado el buddismo; los demás, entregados á la superstición, veneran los espíritus.

Diferentes hordas de la familia manchú, se constituyeron en nación, año de 1520, bajo Aysin-Giyoro, que habitaba en las cercanías de las montañas, situadas hacia el 43° paralelo y hacia el 147° de longitud. Habiéndose aumentado en el curso de un siglo por la reducción de varias tribus, sacudieron toda dependencia de los chinos, y proclamaron emperador á Tai-tsu: pasaron después por las victorias y derrotas que ya hemos referido; pero no se hubieran hecho probablemente dueños del imperio del medio, si las discordias intestinas no les hubiesen abierto la puerta.

El joven emperador Chun-si empleó un año en subyugar las provincias septentrionales, acercán-

dose siempre á la capital, sin ocuparse de las plazas fuertes que dejaba á sus espaldas. Ocupóse después en someter las provincias del Mediodía: después de haber puesto á la Corea bajo su obediencia, se hizo dueño de Nankin, é hizo degollar al último vástago de los Ming. No permitió el miedo á los chinos pensar en atrincherarse en sus impracticables montañas; sin embargo, algunos resistieron, otros se portaron como monstruos: Chan-hien-chong, por ejemplo, que cuando se cometía un crimen, hacia dar muerte á todos los que habitaban en la misma calle que el culpable. Diez mil letrados reunidos por sus órdenes fueron degollados, porque decía que escitaban al pueblo con sus sofismas. Al abandonar á Ching-tu-fu hizo llevar á campo raso y asesinar á sesenta mil habitantes. Conociendo que las mujeres embarazaban al ejército en sus movimientos, mandó á los soldados degollarlas, y dió el mismo el ejemplo en trescientas de las suyas. Se daba como partidario celoso del cristianismo, y proclamaba, que una vez conseguido el imperio construiría un templo magnífico á Dios, alabándose de haber inmolado veinte mil bonzos, porque uno de ellos habia escitado la persecución de los cristianos. Los tártaros usaban también de un rigor atroz con respecto á los vencidos. En Kien-ning, pasaron por las armas á trescientas mil personas.

Las tropas al servicio del emperador están distribuidas en ocho banderas de diversos colores. Cuando varias de ellas tienen que ponerse en marcha, se hace resonar un cuerno, y se conoce por el lugar donde suena, y las diferentes modulaciones, cuáles son los jefes y los soldados llamados á marchar, y en qué número. Marchan sin saber á donde van, escépto el general, siendo el secreto el principal mérito de los tártaros, lo que no desconcertó poco á los chinos que los encontraban siempre

(1) El célebre sinólogo Schmidt leyó, en el mes de abril de 1841, á la Academia de Ciencias de San Petersburgo, una memoria para establecer que el nombre de los manchúes, desconocido á los historiadores chinos anteriores, se deriva de *Mandchous'ri*, nombre que designa en lengua tártara el principio de la sabiduría de Budda, y que se asignó á los tártaros después de su conversión al buddismo.

donde menos los aguardaban. Añádase á esto que no llevan consigo trenes ni bagajes, ni se ocupan de provisiones, contentándose con los primeros alimentos que han á las manos. A veces tienen cacerías á manera de las hordas de Gengis-Kan, rodeando una montaña ó una llanura, después acortando al recinto en el cual toda la caza se encuentra encerrada. La tierra es su lecho, duermen sin más abrigo que los caparzones de sus caballos, y en un abrir y cerrar de ojos plantan y quitan sus tiendas. Les agrada tanto esta clase de habitaciones movibles, que las hacen de un trabajo maravilloso, y que duermen en ellas con preferencia á cualquier otro abrigo: si se ven precisados á acostarse en las casas, derriban las paredes de los cuatro vientos, y apenas dejan lo preciso para sostener el techo.

Con estas tropas endurecidas en las fatigas, fué con las que Amavang, tío de Chun-si, primer instrumento de la conquista del Imperio, conquistó á las provincias del Norte; después envió á someter y regir las del Mediodía. Canton, grande y opulenta ciudad, rodeada por todas partes de aguas, escepto por un istmo, y no menos provista de hombres que de municiones, fué la única que resistió, gracias al famoso pirata Chin-si-long. Nacido de padres pobres, había llegado á Macao con los portugueses, donde se hizo cristiano. Un mercader, á cuya casa fué después empleado al Japon, le confió barcos, con los cuales trabajó en Cochinchina y en Camboya, por cuenta de diversos negociantes. Habiendo muerto sus comitentes durante una peste terrible, se apoderó de todo lo que poseían con ayuda de falsos testamentos; y para no tener cuentas que rendir, se dedicó á seguir la carrera, y se encontró en rivalidad con otro pirata que infestaba entonces aquellos mares; pero consiguió vencerle y darle muerte, lo que duplicó sus fuerzas. Impotentes los emperadores para reprimirle, á quienes llegaban á cada momento quejas por parte de los mercaderes, á quienes despojaba, se veían reducidos á acariciarle. Por otra parte, su oro hacía que los eunucos le representasen como un bienhechor del reino, y le preconizaban como á tal, á los que se quejaban de los males que les hacía sufrir. Una vez descontento de los oficiales reales de Canton, que no le pagaban ciertas sumas, desembareó con cinco ó seis mil hombres para imponer la ley á una ciudad de doscientas mil almas. Formó en la plaza un tribunal ante el cual citó á los funcionarios, los forzó á pagar, hizo entender su recibo y se volvió sin cometer otros excesos.

Como los portugueses, que acababan de establecerse en Formosa, le causaran recelos, los amenazó con arrojarlos de aquella isla; pero le enviaron humildemente una embajada, y le ofrecieron treinta mil escudos al año, y entre otros regalos un cetro y una corona de oro, poniendo á su disposición todas sus fuerzas cuando le conviniese emplearlas. Hay quien le acusa de haber aspirado al

imperio, al paso que otros le citaron como un ejemplo de fidelidad á la desgracia, y como que había querido preservar á la patria del yugo extranjero. Hizo, en efecto, proclamar á un niño de la sangre de los Mings, y reuniendo un número prodigioso de tropas y barcos (se habla de tres mil velas), se hizo el protector del comercio de las Indias, resistió á las seducciones de los tártaros, como también á su propia ambición, y dió varias batallas á los invasores. Apoderáronse de él los tártaros por sorpresa y le condujeron á Pekin, al paso que su hijo Qui-sing-kong (*Cosinga*) permaneció anclado, para vengarle, en las cercanías de Canton. Después de haber resistido esta ciudad un año, se vió obligada á ceder á una terrible batería de cañones y á la traición; la matanza que tuvo que sufrir le costó más de cien mil habitantes: espantoso ejemplo que produjo la rendición de otras plazas.

Amavang, uno de los conquistadores tártaros más afamados, que había subyugado estensas comarcas y muerto más hombres que todos los conquistadores de Europa, murió al año siguiente; pero habiéndose esparcido la voz de que llevaba intenciones de trasladar el cetro á su familia, su memoria fué infamada, y se cortó la cabeza á su exhumado cadáver.

Diferente de los últimos reyes Mings, que vivían encerrados en su palacio entre mujeres y bonzos, Chun-si, se mostraba con frecuencia en público y daba acceso á todos. Conservó, por lo demás, la antigua forma de gobierno y los usos nacionales, hasta el punto de prohibir á los chinos aprender el tártaro. Los seis tribunales continuaron subsistiendo, aunque tuvieron presidentes tártaros, y todos se encontraron reunidos en Pekin, que fué la única capital del imperio. Todo cuerpo de tropas en las provincias estaba compuesto por mitad de chinos y de tártaros; así, ambas naciones se contenían mutuamente, ninguno estaba privado del poder civil ni del militar, y la conquistadora podía engrandecerse sin debilitarse y resistir á las guerras civiles extranjeras.

No estando los manchúes en estado de dirigir los negocios, se vieron obligados á confiarlos á eunucos ó á letrados; resultaron dos partidos que los consiguieron alternativamente, y no descuidaron nada para separar toda influencia extranjera, capaz de turbar su dominación. No llegaron, sin embargo, á evitar en el país las revoluciones religiosas.

Misiones.—Ya hemos podido ver que la China considera la escritura como una revelación por excelencia, y que desde luego hace consistir la ciencia en la inteligencia de los libros sagrados. Esta es la única distinción que existe en aquel país. No se conoce otra gerarquía que la mayor ó menor capacidad en la interpretación de las escrituras sagradas, que todas tratan de moral y de gobierno. Resulta, pues, un pueblo eminentemente razonador, incapaz de todo movimiento sublime y de

grandes acciones, esclavo de las supersticiones de la forma y de un ceremonial minucioso. Aquel vacío de la revelación china provocó una reacción de las creencias extranjeras, principalmente del buddismo. Pasóse entonces de las doctrinas estrechamente positivas á las que negaban hasta la existencia; de las que reducían la religión á un sistema de economía política, á las que separan al hombre de la sociedad para sumergirlo en la contemplación; de aquellas en que la vida pública está constituida sobre la doméstica, estableciendo por primer deber el vínculo entre los padres y los hijos, á otras que ensalzan el celibato y la vida claustral. Lo que hay más singular, es que dos enseñanzas tan evidentemente opuestas no impidieron al imperio permanecer apoyado en las antiguas bases de la política de Confucio; efecto de la indiferencia profunda connaturalizada en aquella sociedad y que no distingue de creencias, con tal que se dirijan á hacer al hombre virtuoso.

Si los nestorianos habían introducido algunas ideas del cristianismo en la China (2), es lo cierto que no quedaba de él ningun vestigio. Cuando Roma, deseosa de estenderlo por todas las comarcas nuevamente descubiertas, quiso también que penetrase la verdad allí donde los negociantes se empeñaban en introducir sus mercancías. Los jesuitas, que eran entonces la milicia más celosa de los progresos de la religión, se apresuraron á dedicarse á la obra. Después de la muerte de Javier, en el momento en que iba á arribar á aquel país, el superior de las misiones, residente en Macao, hizo inútilmente varias tentativas. En fin, el napolitano Gabriel Roger fué el primero que entró en 1581. El bolonés Pasio y Mateo Ricci, de Macerata, penetraron allí después: instruidos en las costumbres y en la lengua del país, ganaron á los magistrados con regalos y asiduidades, haciéndose útiles y fueron tolerados en Canton; después obtuvieron establecerse en Chao-king. Ricci se fijó allí: instruido en las matemáticas, se ganó la estimación de los mandarines; les hizo un mapamundi que escitó en ellos una sorpresa mezclada de incredulidad, cuando vieron cuán poco lugar ocupaba su imperio en el conjunto del mundo, aunque tuvo cuidado para no chocar de frente con sus preocupaciones, en colocar á la China en el centro del mundo. Siguió en todo aquel sistema contemplativo, y fué el origen de felices resultados con los chinos, y de contradicciones que se suscitaron después por parte de los europeos.

Vestido de doctor, pasó siete años entre los chinos para iniciarse en sus costumbres, doctrinas y complicado ceremonial, é hizo tantos progresos en aquella lengua, siempre difícil, pero reputada entonces como incomunicable, que su *Tian-chu-chi* se colocó en la categoría de los libros clásicos. Al mismo tiempo enseñó la música, y sus cantos no-

tados contienen una exposición de la doctrina cristiana. Distribuyó retratos del rey, del papa y hasta suyos, pero siempre en el acto de adorar á Cristo; esforzóse después en establecer el cristianismo en el catecismo chino, adaptándole á la moral, ya en uso en el país. Cualquiera que haya sido el éxito, la intención era buena. No hubiera podido, sin estos medios, sostenerse en medio de una nación tan hostil á los extranjeros, y tratar de establecer allí una iglesia cristiana. Después de veinte años de permanencia, obtuvo el presentarse al emperador, vestido de mandarin. Chin-tsung le acogió bien, aceptó con agrado los regalos de los portugueses que él le presentaba, principalmente un reloj de repetición, y le concedió una pensión con la facultad de predicar. Hizo muchos prosélitos, entre otros, á los hijos de uno de los principales mandarines (Siu), que fué después colao, es decir, primer ministro, como también á su sobrina Cándida, que construyó varias iglesias, dió dinero para edificar otras, hizo traducir é imprimir ciento treinta y tres pequeños tratados, un comentario sobre la Biblia, la *Suma* de santo Tomás, y otros libros; y en fin, educar en el cristianismo á muchos niños espósitos. El emperador, cuya admiración escitó, le confirió por un decreto el título de *mujer virtuosa*, uniendo á él un traje magnífico. Lo estrenó el aniversario de su nacimiento, después de lo cual fué poco á poco quitando la plata y las perlas, para emplearlas en consuelo de los pobres.

Sucumbió Ricci en 1610, no tanto por sus fatigas apostólicas, como por las visitas, los banquetes y demás ceremonias indispensables en aquel país de la etiqueta. Sus últimas palabras fueron para recomendar el *proceder sin ruido, y el bordear mientras que la mar estuviere gruesa*. Fué reemplazado en su gloriosa tarea por el padre Adam Schaal, de Colonia, casi tan célebre como él, que hasta fundó cañones para rechazar á los tártaros, y fué después consejero director del cielo en el reinado del primer emperador manchú, es decir, presidente del tribunal de matemáticas, con el objeto de que se ocupase en formar la astronomía por los métodos europeos: recibió además el título especial de maestro de las doctrinas sutiles. Se aprovechó de su favor para obtener que el cristianismo se practicase libremente: así es, que desde 1650 hasta 1664, cien mil chinos recibieron el bautismo.

Continuó Chun-tsi favoreciendo á los jesuitas, y dió al padre Adam Schaal el título de *mafa*, mi padre, permitiéndole presentarle directamente memorias sin mediación de los tribunales. Pero el lenguaje franco del padre, en las representaciones que le dirigía sobre sus defectos, hizo que el emperador prestase oídos á sus enemigos; le decían que los jesuitas no podían ser sino gentes perversas, que se veían precisados á salir de su patria; que adoraban á un malhechor ajusticiado entre dos ladrones, por haber intentado hacerse rey, y

(2) Tomo IV, pág. 468.

que meditaban la conquista de la China. Comenzaron entonces las persecuciones, y el venerable anciano, arrojado á una prision, se tuvo que presentar ante los tribunales. De todos modos pudo justificarse y hacer creer que su religion podia ser verdadera, puesto que las reglas matemáticas que habia enseñado eran, como tambien sus predicciones astronómicas (3). No se podia esperar nada mejor de un gobierno cuya máxima fundamental es la tolerancia, ó para hablar con más exactitud, la indiferencia religiosa.

El sultan del Turfan, descendiente de Chagatai, hijo mayor de Gengis-Kan, envió á solicitar el título de vasallo, y lo obtuvo á condicion de hacer cada cinco años renovar el homenaje, pero con tal de que la embajada no se compusiese más que de cien hombres, sin ninguna mujer. La Europa trató tambien de tener relaciones inmediatas con la China, y la primera embajada regular que llegó á la corte de Pekin fué la de los rusos, en 1655; pero como no quisieron someterse á las nueve postraciones exigidas, fueron despedidos sin tardanza. Los holandeses, que llegaron aquel mismo año á implorar la facultad de comerciar libremente, no pusieron obstáculos á las reverencias; pero Chunsi les contestó: «Reflexionando en la gran distancia á vuestro país, y en los violentos vientos que soplan en estas costas, donde vuestros barcos tendrían mucho que sufrir, con sumo disgusto por mi parte deseo, puesto que tereis anhelo por venir aquí, que no lo hagáis más que una vez cada ocho años, con sólo cien personas, de las cuales veinte podrán trasladarse á donde tenga mi corte.»

Estos embajadores fueron recibidos al mismo tiempo que otros, colocados todos con la regularidad del ceremonial chino. En primer lugar estaba el representante del sultan de los tártaros occidentales, de que se acaba de hablar, con el cuerpo medio desnudo, el resto cubierto de pieles de carnero, con toscos calzoncillos que caían hasta media pierna y un penacho de crin de caballo en su gorro. Después de él iba el embajador del dalailama, pontífice de los conquistadores de la China, vestido simplemente de amarillo; después el enviado del gran Mogol Chah-Djihan señor de la India, del Decan y de una parte de la Persia, con cien millones de súbditos. El traje suntuoso del embajador estaba en relacion con la grandeza del monarca; su regalo consistia en trescientos treinta y seis caballos magníficos, un gran diamante y varias piedras preciosas. Los holandeses, disimulando su calidad de diputados de una compañía de mercaderes, se atribuyeron la categoria de virey, lo que

(3) Los retratos del colao Siu, de Cándido y de los padres Ricci, Schaal, y Verbiest, vestidos con el traje que adoptaron en aquel país, se encuentran en la magnífica edición de la *Descripcion geográfica, histórica, cronológica, política y física del imperio de la China y de la Tartaria china*, por el padre DU HALDE, Paris, 1735.

les valió el ser colocados después del ministro del gran Mogol.

El tártaro que reinaba en la China no tardó, cuando ya no habia obstáculos ni rivales, en dar rienda suelta á sus pasiones. Enamorado de una dama tártara, maltrató á su marido hasta el punto de darle muerte. Entonces se casó con su viuda; pero habiendo muerto ella tambien poco tiempo después, su inconsolable amante, queria darse la muerte para seguirla al sepulcro: comenzó por degollar á treinta hombres sobre su hoguera; después, habiéndose hecho afeitar, se puso á correr dando aullidos, como atacado de locura, de pagoda en pagoda. Cuando le volvió la razon tuvo un gran dolor al reconocer el mal que habia hecho á sus súbditos, y se dispuso á morir.

Kang-i. 1662-1722.—Dejó un hijo de ocho años, que fué célebre con el nombre de Kang-i, es decir, inalterable paz. Su minoría, su largo reinado, sus victorias y su gloria, hicieron que se le comparase con frecuencia á Luis XIV por los jesuitas, que trasladaban entonces á la Europa la relacion de los sucesos de la China, y traducian sus principales libros (4).

Comenzaron los regentes por arrojar del palacio á cuatro mil eunucos, prohibiendo á los emperadores el elegir á ninguno en lo futuro para los empleos ó dignidades. Cosinga, hijo del pirata de que ya hemos hablado, continuaba amenazando al eeste imperio, y hasta habia sitiado á Nankin. Sorprendido y precisado á retirarse, atacó á la escuadra tártara, é hizo cuatro mil prisioneros, que abandonó en la costa después de haberles cortado las narices y las orejas. Entonces el gobierno chino, para impedir que se divulgase la vergüenza de su derrota, mandó darles muerte en el mismo sitio, alegando el que debian haber perecido con las armas en la mano. Cosinga sitió á Formosa, y aunque los holandeses los batiesen con una excelente artillería, los venció, y estableció en aquella isla una administracion á la usanza china, pero vivió poco, y tuvo por sucesor á su hijo Chin king-

(4) Los autores de las principales obras publicadas entonces por los jesuitas, concernientes á la China, son: INTORCETTA, *Sinarum. Scientia politico-moralis*, Goa, 1669. Esta obra, escrita en latin y en chino, ha sido parafraseada en el *Confucius sinarum philosophus sive scientia sinensis latine esposita* (Paris, 1687), con la adición de *Monarchie sinica, ó fabula chronológica*, del padre COUPLÉT.

F. NOEL.—*Philosophia sinica. Sinensis imperii libri classici sex, e sinico idiomate in latinum traducti*, Praga, 1711.
DU HALDE.—*Descripcion geográfica, histórica, cronológica, política y física del imperio de la China*, Paris, 1735.
GAUBIL.—*El Chou-king, traducido*, Paris, 1770.
DE MAILLA.—*Hist. general de la China, traducida del Tsung-kien-kan-gmon*, Paris, 1785.
Las memorias concernientes á la historia, las ciencias, las artes, las costumbres, los usos, etc., de la China, por los misioneros de Pekin, que se comenzó á imprimir en 1776, y aun continúa.

mai (1683). Por una de aquellas medidas á las cuales sólo recurren los gobiernos despóticos, se dió orden de abandonar las costas de seis provincias hasta á distancia de tres leguas del mar, destruir las fortalezas, los arrabales, las casas, y cesar todo comercio con el mar. En la misma época el gran rey francés mandaba en Europa una devastacion igual; pero las maldiciones lanzadas por las poblaciones chinas, espulsadas de sus habitaciones, privadas de la pesca, su único recurso, no llegaron hasta nosotros. Este medio extremo fué de todos modos eficaz contra el pirata; y los holandeses que, en aquella ocasion habian hecho causa comun con los chinos, obtuvieron nuevos privilegios en reconocimiento de su útil cooperacion.

El jóven Kang-i, cuyo talento se habia madurado antes de tiempo, habiéndose apoderado de las riendas del gobierno, se mostró justo, inflexible y amigo de las ciencias. Aquel U-san-kuei, que habia sido el imprevisor autor de la grandeza de los manchúes, se habia retirado al principado que se le habia dejado. Como se fortificase en él, el emperador concibió recelos y le mandó llamar; pero él contestó: «Si me necesitan, iré á verlos; pero al frente de ochenta mil hombres.» En efecto, tomó el traje y las insignias chinas, é hizo oír el grito nacional, que encontró eco. Era secundado por una conjuracion que su hijo habia urdido en Pekin; pero fué descubierta. Otros enemigos más surgian en el imperio, y un descendiente de Gengis-Kan se disponia en la Tartaria á hacer valer las pretensiones de su raza.

La nueva dinastia se encontraba en circunstancias muy difíciles; pero Kang-i, jóven y sin experiencia, mal provisto de tropas, suplió con la actividad las fuerzas que le faltaban. Sofocó las sublevaciones, entre las cuales no existia ningun acuerdo, y rechazó á U san kuei, que poco tiempo después murió con el dolor de dejar á su patria avasallada sin remedio. Su hijo menor, á quien trasladó el vano título imperial, fué después desposeido, y se dió muerte para escapar al suplicio. El hijo del temible Cosinga se vió obligado á entregar á Formosa al emperador, y terribles suplicios aseguraron la dinastia manchú.

Pudo entonces el emperador pensar en dirigir sus armas contra el extranjero Galdan, *contaisc* ó jefe de la tribu mongola de los eleutos, una de las cuatro ramas de la nacion zungara; resto de los mongoles, que prevaleció sobre las demás, habia adquirido, con ayuda de crímenes y de intrigas, la autoridad suprema, y apoyándose en el Dalai-lama, que recordaba los servicios de los mongoles, parecia querer reunir, avasallándolas de nuevo, las hordas mongolas del ala izquierda y restablecer el poder de Gengis-Kan en toda el Asia. Valiente como él, y no ménos feliz, habia arrebatado á los musulmanes Samarcanda, Bucara, los Purutas, Yerkiyang, Kasgar, Turfan, Kamul, y se habia adelantado hasta el Orgon. Entonces Ayuka, jefe de los turrones, otra nacion zungara, huyó con Galdan, se

refugió entre el Jaik y el Volga, con autorizacion del czar Fedor, hermano de Pedro el Grande, de quien se hizo vasallo; los kalmucos que habitan en la actualidad la Rusia, son los restos de aquellas hordas de zungaros.

Kang-i hizo marchar su ejército contra Galdan, y después de largas alternativas, obtuvo su sumision, al menos en la apariencia. Kang-i, por lo demás se fiaba tan poco de él, que resolvió penetrar en persona en el territorio de los mongoles. El padre Gerbillon le acompañó en aquel viaje, cuya descripcion nos ha dejado. Varios príncipes, tributarios de Galdan, se sometieron, y él mismo iba á verse reducido á entregarse en poder del emperador, si la muerte no le hubiese evitado esta humillacion. Fueron no obstante precisos algunos años para someter enteramente las hordas del Asia central y pacificar el Tibet.

Tales fueron los triunfos del monarca chino, á quien tampoco faltó la gloria de las letras como á Luis XIV. El mismo era letrado, y sus poesias comprenden más de cien tomos, además de las reglas de política que escribió. Hizo componer un considerable número de obras por letrados, entre otras un diccionario chino-manchú, no por orden alfabético, sino por orden de materias; la version al tártaro de los Kings, y otras obras morales é históricas; comentarios sobre los libros clásicos; colecciones de los mejores trozos de elocuencia y literatura. Este rey concedió su favor á los jesuitas, que recibieron de él una suntuosa hospitalidad, menos como misioneros que como sabios, gustaba de su conversacion, y sobre todo de la del padre Verbiest, quiso que le enseñase la gnomónica, la geometría, la agrimensura y la música, complaciéndose extraordinariamente en reconocer la relacion que guardan estas ciencias entre sí. Los padres Bouvet, Regis, Jartoux, Fridelli, Cardoso du Tarte, de Mailla y Bonjour, formaron mapas del imperio: la China los poseía anteriormente, pero no abrazaban más que el país comprendido del lado de acá de la gran muralla, y además no estaban graduados; al paso que dichos padres tomaron por base de los suyos la triangulacion y las observaciones del cielo en relacion con la brújula.

No impidió esto que Kang-i persiguiese á los cristianos. Los chinos toleran otras religiones, pero la nuestra repugna demasiado á sus hábitos, porque obrando inmediatamente sobre la moral y la política, reprueba como profano el culto de sus mayores y aproxima en las iglesias á los dos sexos. Informado Chin-sung en 1615 por el tribunal de los ritos, que estos extranjeros turbaban la tranquilidad y maquinaban un levantamiento general, mandó que fuesen conducidos á Canton, para ser desde allí espulsados á sus países. Este edicto fué renovado durante la menor edad de Kang-i, y el padre Schaal fué condenado á ser hecho diez mil pedazos; pero ocurrieron entonces unos terremotos tan violentos y tan prolongados, que quedó arruinada una gran parte de Pekin, y la corte tuvo que